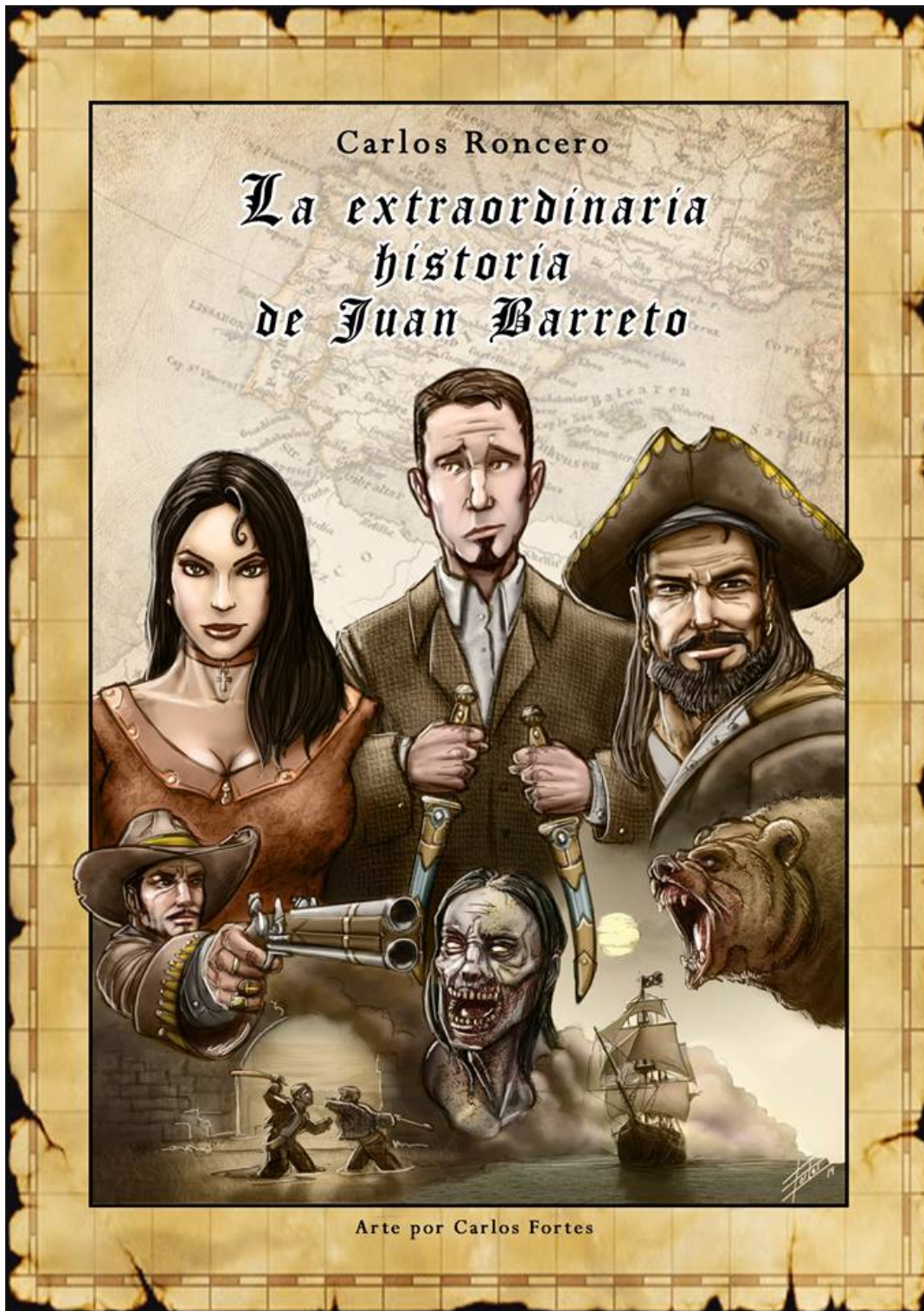


# La extraordinaria historia de Juan Barreto 33 y 34

Carlos Roncero



## Capítulo 1

33

A pesar de todas las zancadillas que la vida le había puesto a lo largo de su existencia, Juan Barreto solo podía sentirse agradecido por la oportunidad única y extraordinaria de haber conocido a Francisco de Goya y Lucientes. Poco importaba el discurso entusiasta que Rocío hacía acerca de sus impresiones sobre el pintor o el sonoro desprecio que sobre el artista replicaba Cardoso, el pensamiento de Juan Barreto se había estancado obnubilado en la figura del genio aragonés. Su energía le había cautivado; su mirada encendida, viva, profunda, le había llegado al alma; con solo mirarle pudo comprender las sensaciones que hubo de vivir frente a cada uno de sus cuadros. Sí, agradecido, esa era la palabra adecuada, junto a la de afortunado.

Así, con todo el entusiasmo que le había ausentado de la discusión de sus compañeros de carruaje, su mecanismo de alarma, agudo en las personas débiles como él, se activó en cuanto llegaron al exterior del teatro. Sus ojos cayeron por casualidad sobre una persona a la que hubiera jurado haber visto antes. Cierto es que en aquel Madrid, la mayoría de menesterosos se asemejaban con sus capas y sombreros chambergos tan al uso y quizás por ello no le dio mayor importancia; pero esa postura aparentemente reposada y esa cabeza oscurecida por el ala del sombrero habían conseguido, por repetición, provocarle una turbadora sensación de inseguridad.

El teatro desangeló a Rocío, quien tuvo que hacer un enorme esfuerzo por tragarse sus ilusiones al ver aquel vetusto edificio incrustado en medio de un barrio populoso y olvidado de la mano de dios. Su orgullo, sin embargo, le impedía mostrar esa impresión delante de Cardoso, de modo que se esforzó por sonreír a cada paso que daba, cuando lo natural hubiera sido apartar la cara con asco y retroceder de inmediato. Aquella resultó ser su primera lección seria de arte dramático.

Si el exterior del edificio amenazaba ruina y abandono, en su interior la amenaza era para el alma del que había tenido a bien entrar. Polvo, humedad, butacas desvencijadas y telas tiznadas eran la carta de presentación del pequeño recinto semicircular de madera. Más ruina amenazaba la figura del viejo Crispín. Parecía haberse escapado de alguna antigua fábula. De cuerpo esquelético, su nariz puntiaguda quería despegarsele del rostro. Sus cabellos canos y largos se le pegaban sudorosos a la nuca. Hablaba y se movía como si estuviera representando

a algún viejo avaro más propio del teatro francés que del español.

- Oh, sí, sí, don Diego, claro que sí- se inclinaba ante Rocío como si quisiera rendirle constante pleitesía-. Claro que os recomendó, mi hermosa dama, y os describió muy bien, todo sea dicho de paso.

- ¿Es que ese mala hierba ha estado por aquí?

El giro que Crispín dio a su rostro para mirar al capitán se le antojó a Juan Barreto idéntico al que hubiera hecho un buitre hambriento.

- ¿Acaso le conocéis en persona como para declararle culpable?

- No, pero es un pirata, un fugitivo, un ladrón...

- Ah, ah, ah- le interrumpió Crispín negando con su huesudo índice-, no os debéis fiar de las apariencias, mi buen señor.

- Yo no soy tu buen señor, viejo.

- No, no lo sois, eso es cierto- y le hizo una profunda reverencia. Acto seguido volvió su rostro hacia la aspirante a actriz. Ya no era un buitre sino un lobo frente a una indefensa oveja lo que ahora veía Juan Barreto-. De modo que queréis ser actriz- Rocío asintió algo cohibida por la mirada del viejo-, pues habéis llegado al lugar perfecto, creedme- y rió-. Ah, veo en vuestros ojos que no estáis muy convencida. ¿Esperabais algún lugar de más alcurnia?, ¿el Teatro Real, tal vez? Mi joven Rocío, os digo como a vuestro protector que no os debéis fiar por las apariencias. Este es vuestro lugar. Os aseguro que con vuestro rostro y vuestro cuerpo os ganaréis al público de inmediato.

- Pareciera que hablarais de una cortesana- repuso ofendido el capitán.

- No, no, no- contestó plegándose sobre sí mismo en un gesto de total sumisión. Juan Barreto contemplaba esta vez a un perro echado sobre su espalda ante la presencia de un rival mucho más fiero-. Os equivocáis; nada más lejos de mi intención. Mi buen capitán, en este mundo de la farándula, la presencia es una ventaja y a vuestra protegida le sobra, que no os quepa duda. Subiréis como la espuma, mi hermosa dama, pero primero- dijo tajante- os formaréis con el viejo Crispín. Muy sabio es don Diego en recomendaros a mí.

- ¿Y sabéis algo de él?- preguntó ilusionada Rocío.

- Pues que está mucho más cerca de lo que pensáis.

Miró Cardosa con disimulo y mucho recelo a lo largo y ancho del pequeño teatro no fuera que aquellas palabras de Crispín se ajustaran demasiado a la realidad. Nada vio que le hiciera sospechar pero la desconfianza por el lugar había anidado ya en él. Pronto concretaron las tareas y horarios de Rocío en el teatro.

- Sin embargo, mi bella dama, debo atreverme a rogaros un favor.

- Por supuesto- le concedió expectante.

- Ya que honraréis con vuestra presencia a esta humilde compañía de teatro, os pido que vengáis con unas ropas más acordes al emplazamiento de este recinto.

- Vamos, que vengáis como una puta- intervino el capitán con indiferencia.

- Y dale con la puta- protestó Crispín ofendido.

El camino de regreso se hizo en silencio. Coincidencia o alevosía; el caso es que ninguno de los tres pronunció palabra. Con mucha discreción, aprovechó Juan Barreto para estudiar el ánimo de la lozana andaluza tras el encuentro deslucido con Crispín. Su mutismo inusual ya era un síntoma de su estado. Su mirada perdida en lo más hondo de su orgullo, sus dedos nerviosos buscando una posición cómoda que no terminaba de llegar. Para ella debía de ser una dura prueba: criada en el lujo, habituada al servilismo de los demás y a su propia vanidad, le habían pedido que para ser actriz debía encerrar todo aquello en una cajita a prueba de reconcomios y guardarla en algún rincón fácil de olvidar de su orgullo. A veces, el maestro debía retirar azorado su mirada, pues los ojos de la joven se posaban en él; su expresión era la propia del que se ha perdido en un bosque plagado de fieras. Nunca antes su rostro había reflejado una inseguridad como aquella.

Al capitán, no obstante, lo vio con una pose más altiva que de costumbre. Quiso ver en ello Juan Barreto la jactancia de saberse victorioso. En sus ojos brillantes podía distinguir el maestro la seguridad de que la joven por la que se desvivía el militar no aguantaría ni tres días en aquel teatro maloliente. Seguramente, ahora estaría pensando en cómo librarse de su compromiso contractual con el Conde para poder así fugarse con ella. En cuanto sintió que el coche se detenía, el maestro sacudió la cabeza con la esperanza de que todas sus elucubraciones le salieran por los oídos. Habían llegado a la pensión.



No hizo más que sentir el suelo bajo sus pies cuando un escalofrío le sacudió el alma, siendo lo peor de aquel estremecimiento que lo había vivido no hacía mucho tiempo. Antes de que podamos habituarnos a ella, la repetición nos acongoja el corazón y atenaza las piernas. Juega con nosotros al despiste para atraparnos desconfiados. Luego se convierte un elemento más de nuestra vida que ya no nos causa efecto. Para desgracia del maestro, aún no había alcanzado esa etapa con la aparición de los menesterosos de sombrero de ala ancha. Sin necesidad de mirarlo supo, pero aún así, levantó los ojos con discreción hacia el frente de la calle. Ahí estaba. ¿Sería el mismo hombre? Maldita manía de sombreros. No alcanzaba a distinguirlo la cara, pero por su pose, habría jurado que se trataba de la misma persona.

Al entrar en el edificio, Rocío anunció su retirada acompañando su gesto con un sonoro bostezo, indicador claro de su inapetencia frente cualquier tipo de conversación, salvo la que tendría con su almohada. Juan Barreto miró al capitán para descubrir los ojos de un enamorado. Hasta que su amante no terminó de subir las escaleras no apartó la mirada de ella. Luego, se supo observado.

- Disimulo mal, ¿verdad?- le preguntó sin mirarle.

Juan Barreto se sobresaltó avergonzado por ser descubierto.

- No delante de ella- se atrevió a contestar, aunque con timidez.

El capitán enseñó una sonrisa poco convincente.

- Sí, eso es lo más duro: estar delante de ella- dio dos pasos hasta quedar frente al maestro-. Bebamos. Supongo que los maestros como vos beben vino, ¿no? Mal rayo os parta si no lo hacéis- y le puso la mano en el hombro lo mismo que un pescador con su red.

Pasaron al pequeño salón de la sala. Dos quinqués se bastaban y se sobraban para iluminarlo, dotándolo del típico ambiente hogareño que siempre deseamos para nuestra casa y que solo encontramos cuando nos alojamos lejos de ella. Con una de las llamas el capitán se encendió un cigarro, símbolo del reposo absoluto en un hombre como él.

- ¿Fumáis?- Juan Barreto negó con la cabeza- Bueno, al menos sí que bebéis.

Cada uno aguantaba una copa ancha llena de vino tinto. A pesar de las buenas maneras del capitán, el joven maestro no podía evitar sentirse en inferioridad.

- Decidme, maestro, ¿desde cuándo lo habéis notado?

Juan Barreto buscó una posición más cómoda en su sillón rococó, algo complicado pues pocos sillones son más desagradables que los rococó. Carraspeó ganando tiempo para hallar la manera más diplomática de explicárselo.

- Veréis, capitán- se detuvo pensando que hasta ahí había ido bien su parlamento. Respiró profundamente-, esas cosas se perciben; no sé, en cómo fijáis la mirada en ella, en vuestra manera de reprenderla, en vuestras negativas ante sus caprichos, vuestros gestos, en las palabras, pero, sobre todo, en cómo os despedís de ella. Yo nunca he estado enamorado, pero...

- ¿Quién demonios habla aquí de enamoramientos?- protestó el militar provocando una parálisis en el maestro cercana al paro cardíaco-. ¿Pero de qué niñerías me habláis? Yo os he preguntado por el hombre de allá fuera. ¿Desde cuándo habéis notado que nos sigue?

Juan Barreto se frotó nervioso los muslos. Sus mejillas le dolían de sonrojadas.

- Ah, eso-balbuceó- desde esta mañana, creo, pero no estoy seguro de que nos siga o de que ni siquiera se trate de la misma persona.

- Claro que no son la misma persona. ¿Cómo demonios haría para desplazarse tan rápido?

- Es que con esos sombreros no soy capaz de distinguirles el rostro.

Yo los calé desde el primer día que llegamos a esta maldita ciudad- impuso un silencio para reflexionar-. No sé, me parece demasiado pronto para que la guardia nos haya localizado- ahora se acariciaba la barbilla-. ¿Quién más puede estar al tanto de nuestra llegada? No atino con la respuesta. ¿A vos se os ocurre alguien?

El tono de su voz le resultaba al maestro, cuanto menos, sospechoso. ¿Le estaba preguntando para probarle? ¿Sabía el capitán la respuesta a su pregunta y con ella quería comprobar su lealtad, o era sincera su ignorancia?

- Lo cierto es que no, pero...

El capitán se inclinó expectante hacia él desde su sillón.

- ¿Pero?- repitió.

- Pensaba en don Diego.

Cardosa se irguió como un oso buscando colmena.

- Maestro, me sorprende vuestra elocuencia. Parece que no sois tan lerdo como aparentáis. Me tenéis confundido.

- Bueno, don Diego es una persona muy buscada.

- Sí, tiene poderosas y numerosas razones para ello- y se frotó los dedos simbolizando con ello el dinero-. Esa alimaña lleva robando a diestro y siniestro sin que nadie haya podido ponerle las manos encima. ¿Imagináis hasta dónde pueden alcanzar sus riquezas?- volvió entonces a desinflarse para apoyar su espalda en el sillón-. Lo que no alcanzó a comprender es cómo esos tipos de ahí fuera nos han podido relacionar con él. ¿Sabéis que ese maldito ladrón tiene un hermano aquí, en la capital? Se hace pasar por noble y la gente, atraída por sus fiestas y sus adulaciones, le hacen ver que se lo creen y le tratan como tal. ¿No creéis que la gente es repugnante? Me refiero al concepto en sí de gente, como conjunto- volvió a quedar reflexivo y terminó su copa- ¿Queréis más vino?- A pesar de que el maestro se negó con la mano, Cardosa le volvió a servir-. Sí, esto parece un buen embrollo y solo se me ocurren dos posibles soluciones- Juan Barreto se apretó las manos tratando de ocultar su inquietud-. O bien nos están siguiendo porque conocen la relación de Rocío con ese pirata, o bien a quien están siguiendo es a vos- y le señaló con un gesto en exceso dramático, tanto, que Juan Barreto pensó que le amenazaba con su espada-. Vos también habéis tenido relación con el bucanero. No podéis negarlo, Rocío me lo contó. Fuisteis su compinche.

- Bueno, tanto como su compinche...- se defendió nervioso el maestro-. Es cierto, le conocí en Cádiz, pero poco sé de él.

- Lo suficiente como para que os sigan, ¿no creéis?

El capitán había conseguido inquietarle.

- Y si fuera así, ¿qué pueden querer de mí?

- Información, supongo- contestó Cardosa sin darle importancia.

-Información- repitió el maestro frotándose sus manos sudadas por la congoja. De pronto, la imagen del cocinero del navío pirata le golpeó severamente lo poco que le quedaba de entereza.

-Pero no temáis, mientras estéis conmigo no os pasará nada, tenéis mi palabra. Ahora habládme de esa cartera que escondéis en

vuestro cuarto. Vamos, no pongáis esa cara, ¿o es que creéis que el pasadizo que encontrasteis era el único del palacio? El conde os ha encargado que se la entreguéis al rey, ¿no es así?- Juan Barreto asintió- Bien, pero lo que no entiendo es cómo haréis para llegar al monarca.

- El conde me indicó que lo hiciera a través del pintor.

-Oh, ese maldito pintor. ¿Habéis visto cómo puso sus ojos de buitre leonado sobre Rocío? Todos los artistas son iguales- bebió para calmarse-. ¿Así que de ese modo llegaréis al bueno de Carlos III? Muy astuto el Conde. Pretende recuperar el favor del rey entregando una cartera que debía entregar otra persona- hizo una mueca parecida a una sonrisa-. Iluso. No me extraña que su esposa haya fallecido. No merecía una mujer tan hermosa ese borracho- añadió con profundo desprecio-. Sí, ya sé, ya sé. Os debéis estar preguntando por qué estoy a su servicio. Soy un hombre de honor, y el honor implica muchas miserias, os lo aseguro. Estas son las mías- y volvió a llenar su vaso-. ¿Pero es que no bebéis más?- señaló próximo a la ofensa; luego evadió su ojos al pasado- Sí, una mujer muy hermosa. Ese canalla la hizo infeliz, ¿sabéis? Afortunadamente, supo ella tener la habilidad de que Rocío no se percatara de ello. Creedme, Rocío quiso con pasión a su padre hasta que este le obligó a casarse con el dichoso portugués de los cigarros.

El rostro del capitán quedó tan rígido que Juan Barreto pensó si no se había trocado en estatua. Aprovechó el silencio para sorber de su vaso. Debía de reconocer que el vino era bueno, pero le asustaba su poco hábito; de hecho, la cabeza empezaba ya a espesársele. De pronto, el capitán puso su vaso en la mesita que separaba a ambos sillones y se inclinó hacia el maestro hasta tocarle las rodillas. Sus ojos se ahogaban en súplica.

- Os lo ruego, Juan Barreto, prometedme que me llevaréis con vos ante el monarca. Prometédmelo. Solo pido que el rey me vea, solo eso será más que suficiente. ¿Podréis prometerle eso a un humilde soldado? A cambio, protegeré vuestra vida con la mía.

Juan Barreto quedó impresionado ante la degradación que se había auto infringido el militar.

- Capitán Cardosa- dijo con una voz tan firme que hasta él mismo quedó sorprendido-, lleváis protegiendo mi vida desde que os conozco. No son necesarias las condiciones. Si está en mi mano, os llevaré gustoso ante el rey.

El militar, deslumbrado por aquellas palabras, miró al maestro como si se tratara de un hermano. Cogió su vaso de vino y lo alzó.



- Brindo por vos, Juan Barreto.

Vació de un trago el vaso y se apoyó relajado en el respaldo de su sillón.

- ¿Qué hacemos con los que nos siguen?

- Nada- resolvió con firmeza-, no podemos hacer nada, salvo estar ojo avizor. Dejemos que den ellos el primer paso. Ahora, subid a vuestra estancia si estáis cansado, yo me quedaré un rato- y aspiró profundamente su cigarro.

34

Rocío apoyaba su barbilla en su mano derecha con tanta ligereza que podría decirse que era su mano la que reposaba bajo la barbilla. El brazo derecho descansaba a su vez en el extremo de un diván tapizado de flores. Su vestido era largo pero Goya había propuesto que mostrara su generoso escote sin tapujos.

- Tenemos que aprovechar sus dones naturales- decía.

No le hizo falta mucho más para convencerla. La mirada de Rocío tampoco le costó encontrarla al pintor. Mezcla exacta de fogosidad y dulzura, sus ojos parecían estar deseando un encuentro furtivo con quien gozara del privilegio de mirarla. Su sonrisa mostraba una inocencia que Juan Barreto sabía falsa, pero para el ignorante, para el incauto que se le acercara, lucía aquel gesto como el más honesto jamás concebido. El maestro contemplaba la escena siendo plenamente consciente de que esa expresión actuaba como un dardo carnal dirigido al pintor.

- Esa es la mirada que quiero- le repetía a cada instante a la modelo.

No pasaba inadvertido al pintor le tensión que experimentaba Juan Barreto ante una situación con semejante carga sexual. Por ello, buscaba relajarle con alguna conversación intrascendente mientras alternaba su mirada entre su lienzo y la retratada. Su pincelada era asombrosamente rápida, cargada de expresión, aunque suavizada muchas veces por la fricción de sus dedos.

- Decidme, Juan Barreto, maestro de un pequeño pueblo de Almería, ¿qué os preocupa de mi cuadro? Vamos, decidlo sin tapujos, estoy acostumbrado. Estoy seguro de que cualquier cosa que digáis me servirá de aprendizaje.

Juan Barreto no pudo distinguir si esas palabras eran honestas o

no, pero como se trataba de Goya decidió pensar que sí.

- Bueno, me preguntaba el motivo del traje de la señorita Rocío.

- ¿No os gusta?- preguntó ella con tono de niña mimada y procurando no cambiar su expresión.

- Sí, por supuesto, pero no entiendo cómo habéis insistido tanto en ese vestido cuando le estáis haciendo un retrato de cintura para arriba.

Goya sonrió como sonríe el experto a su aprendiz ante un nuevo descubrimiento.

- Cierto, pero tampoco la iba a hacer posar desnuda, ¿no es así?- y sonrió-. No, ahora en serio- y miró a su interlocutor por primera vez-, aunque no lo creáis, el vestido forma parte de la persona, es natural en ella. De entre todos los vestidos largos que le propuse eligió ese en concreto, por lo tanto, ese vestido y no otro me ayudará a definir su personalidad; porque lo que yo busco con anhelo, Juan Barreto, es poseer la psique del retratado; que quien lo contemple no mire simplemente un retrato sino a la persona en sí, sin disfrazarla, sin mejorarla o empeorarla en su físico, solo carácter. Es por ello que una nimiedad, en apariencia, como un vestido en un retrato de medio cuerpo, resulta para mí de capital importancia.

Los dos mantuvieron las miradas; Juan Barreto impresionado por la lección que acababa de recibir del genio y este satisfecho de su explicación. Ambos se habían desentendido de Rocío. Por eso, cuando la volvieron a mirar no pudieron más que dar un pequeño paso hacia atrás y paralizar sus rasgos faciales.

- ¿Qué os parece si me pintáis así?

La joven andaluza se había recostado en el diván y había hecho descansar sus manos en la nuca. Aquella mirada que buscaba Goya se había multiplicado por varios dígitos. Juan Barreto elevó a deidad la sensualidad de Rocío. Observó al pintor y creyó estar viendo a un toro en celo. De pronto, el pintor cogió del brazo al maestro y lo arrastró hasta la puerta.

- Juan Barreto- le dijo en voz baja-, necesito con urgencia vuestra generosidad. Mi esposa está a punto de llegar.

- Su esposa- repitió el maestro sin comprender.

- Sí, mi esposa y mi hijo. Llegarán en cualquier momento. Lo primero que hacen es entrar en mi estudio para saludarme, en especial mi

hijo- explicó con cara de padrazo-. Necesito que les entretenga, Juan Barreto, al menos unos...-volcó los ojos hacia al techo buscando la cifra-, treinta minutos, cuarenta- señaló con energía. Ambos miraron a Rocío que continuaba con la misma pose. Goya cerró los ojos con incontinencia ante el erotismo que escapaba de cada poro de la joven- ¿Lo haréis por mí, Juan Barreto? Os juro que os recompensaré. Podréis pedirme lo que deseéis, siempre que esté en mi mano, por supuesto. ¿Qué me decís?

En cuanto Juan Barreto asintió con la cabeza, Goya le abrió la puerta y lo empujó fuera del estudio. El eco del portazo reverberó en su cabeza contribuyendo a esa extraña sensación que le había quedado de ser un pardillo. Su moral chocaba contra todo aquello, pero ¿cómo iba a negarle nada al mismísimo Goya? Solo deseaba que no coincidiera la llegada de la esposa con la de Cardosa. El capitán había decidido echar un vistazo por la villa con la intención de que alguno de esos hombres de sombreros largos le siguiera, habiéndole asegurado llegar antes del mediodía. Poco faltaba.

¿Y Rocío?, ¿qué podía pensar de ella? Es probable que incluso en la Segunda República su actitud fuera reprobada por la mayoría, pero eso no era excusa suficiente para que él hiciera lo mismo. La sabía alma libre y él siempre había creído que las almas eran libres, debían serlo. La moralidad de un comportamiento o de un pensamiento lo decidía uno mismo y no las convenciones preestablecidas. En definitiva, se encogió de hombros y resolvió que no era nadie para juzgarla.

En aquel instante la puerta de la casa se abrió y un niño de unos seis años y de pelo castaño se precipitó hacia el estudio. Se paró en seco al encontrarse con Juan Barreto.

- ¿Quién sois?

El maestro carraspeó nervioso.

- Un amigo de tu padre.

El niño hizo por rodearle para abrir la puerta del estudio pero Juan Barreto se puso en su camino.

- No puedes entrar- le dijo.

- Siempre entro en el estudio cuando llego a casa- protestó.

- Pues esta vez no puede ser.

- ¿Por qué?- preguntó tratando de rodearle.

- Porque tu padre está retratando a una persona muy importante.

El niño detuvo sus movimientos hiperactivos para clavar los ojos en los de su interlocutor.

- ¿El rey?- preguntó excitado.

- No, el rey no, pero una persona muy cercana a él.

- Mi padre siempre me dice que me llevará a ver al rey pero nunca lo hace- explicó bajando la cabeza desilusionado. El maestro sonrió ante su ocurrencia.

- Pues, ¿sabes una cosa? Esa persona me ha dicho que si te portas bien te conseguirá una audiencia con el monarca.

- ¿Sí?- preguntó el niño encantado.

- Pero solo si te portas bien y no distraes a tu padre en el estudio.

- Hijo, ¿qué haces molestando a este señor?

La voz provenía de una mujer madura de rostro cansado pero sonrisa dulce que acababa de entrar en la casa. Juan Barreto procuró ocultar su nerviosismo y se presentó a la esposa del pintor con la mayor humildad posible.

- Ah, sois maestro- repitió ella con sorpresa- ¿Sería posible pedir os consejo? Es acerca de mi hijo.

- Por supuesto, señora; estoy a su servicio.

Juan Barreto se sorprendía a sí mismo con lo familiarizado que estaba ya respecto a las fórmulas de cortesía de aquella época. Ferviente partidario de la República, nunca había pensado que diría a otra persona que estaba a su servicio. Esta vez lo hizo tan encantado como alarmado pues, mientras hablaba con la esposa del pintor, su hijo no cesaba en sus intentos de acceder al estudio. Qué poco le había durado su promesa de llevarle ante el rey. Doña Josefa le contaba preocupada el poco control que tenía sobre su hijo y los anhelos de este de convertirse en soldado de la armada española.

- No piensa en otra cosa- se lamentaba mientras el niño tomaba como un juego el asedio al taller del padre. Justo en aquel instante, aprovechando que la puerta de la calle continuaba abierta, entró Cardoso

en la casa. Juan Barreto creyó estar viendo el cielo abierto.

- Oh, mira, mira quién ha venido- le dijo al niño señalando efusivamente a Cardosa, que, ante la visión de un infante, erizó todo su cuerpo como un gato acorralado-. Es nada más y nada menos que un capitán de su majestad. Ve a jugar con él.

Los ojos del niño se agrandaron y su boca empezó a salivar. Corrió entonces hacia Cardosa que, torpe con los niños, no supo dominarlo. El infante hacía por luchar con él como un espadachín; le rodeaba, le daba palmadas en el trasero cuando le esquivaba. Mientras, Juan Barreto opinaba con sinceridad sobre este tipo de niños y cómo actuaba con ellos en la escuela.

- Mucha paciencia, sobre todo mucha paciencia y que el niño no...

El maestro quedó mudo. El niño había conseguido desenvainar la espada del capitán, aunque lo más grave no había sido eso sino que la espada relucía ensangrentada. Cardosa hizo un gesto de disculpa y horror ante el maestro mientras trataba de recuperar su arma. Doña Josefa hizo por buscar el origen de tanta algarabía, pero el maestro la cogió por los hombros y le obligó a mirarle para seguir la conversación.

Por fortuna para el capitán, el juego terminó repentinamente y sin heridos que lamentar pues Goya salió de su taller arreglándose el pelo y con evidentes signos de fatiga.

- Ah, ya estáis aquí- dijo a su familia a modo de saludo.

- Papá, papá- gritó el niño abandonando el juego con el militar y corriendo a los brazos de su padre.

- Cuidado, que te mancho- Goya captó de inmediato la mirada reprobatoria de su esposa- Justo ahora he terminado con la señorita de Cerronegro- y carraspeó, momento en el que apareció Rocío todo sonrisa y haciendo una pequeña reverencia a la señora de la casa.

- Bien, entonces, podemos irnos ya, ¿no es así?- preguntó Juan Barreto a Rocío incómodo con aquel papel de alcahuete que estaba representando.

Cardosa desconfió de la expresión de Rocío al salir del estudio, pero compartió de inmediato la petición del maestro.

- ¿Pero cómo?- intervino doña Josefa- ¿No se quedan a comer?

Los tres se miraron queriendo excusar la invitación, incluso el



pintor aportó su granito de arena para ello.

- Pero, mujer, estos señores deben de estar muy cansados y tendrán menesteres importantes que hacer.

- Uy, razón de más para que se queden y repongan fuerzas con nosotros.

Los tres hubieron de aceptar la invitación, hecho que el niño celebró con júbilo pues continuó intentando apoderarse de la espada del capitán. Para sorpresa de todos, Jovellanos se les unió en el último momento.

Juan Barreto no dudó en ningún momento que doña Josefa había insistido en su hospitalidad para hacer incomodar a su marido. La mirada recelosa de la esposa y su tono inquisitivo hacían más que evidente su intención de perturbarlo. El maestro temía algún desliz del pintor ante tanta pregunta pues eso le desvelaría a él como encubridor y se sabía incapaz de soportar tanta vergüenza.

- Y dime, mi amado esposo, ¿cómo es que habías dejado a este buen señor- y señaló al maestro- fuera del estudio? No es costumbre en ti.

Goya masticaba nervioso mientras miraba a su cómplice. Sus ojos delataban su incapacidad para encontrar una excusa creíble.

- En realidad se lo pedí yo- intervino Juan Barreto a punto de expirar el tiempo que estimamos adecuado para responder. Doña Josefa miró algo irritada al maestro. Tanto tiempo hilvanando su tela de araña para que un maestrillo se la desmoronara sin remedio-. No podía soportar el olor de la pintura.

- Eso- señaló Goya como si hubiera descubierto la pólvora. Mientras, el capitán continuaba soportando los embates que le asestaba el niño para distraerlo y apoderarse de su arma.

- Nunca he soportado el olor de la pintura- aclaró el maestro acalorado-. Me sofoca. Necesitaba salir y respirar un poco.

A doña Josefa le faltó poco para refunfuñar ante una excusa que se presentaba inapelable. Los tres afectados compartieron una mirada de discreto alivio.

- Contadnos, Juan Barreto- intervino Jovellanos-. Habladnos un poco de vuestro pueblo. Decís que está en Almería. Siempre he presumido de conocer bien nuestra extensa geografía, pero he de reconocer que

nunca le había oído mencionar. Me intriga. Complaceme, os lo ruego.

Cada palabra y gesto de don Gaspar transmitían tal estado de paz que todos olvidaron la conversación precedente para fijar sus ojos en el rostro de tan ilustre comensal. Todos menos el capitán, que hundía la cara en sus manos desesperado por la hiperactividad del niño.

A punto estuvo la emoción de bloquear a Juan Barreto, pues hacía mucho tiempo que no se detenía a pensar en su pueblo.

- Bueno, no es un pueblo muy grande, más bien es pequeño. Tiene una plaza, y en la plaza hay una iglesia.

- Vaya, ¿habéis oído, don Gaspar?- interrumpió el pintor-. Un pueblo en este país con una plaza y una iglesia. Contadnos algo que no sepamos, algo que sea singular en vuestro pueblo.

Juan Barreto no se tomó a bien el sarcasmo del pintor; sin embargo, su timidez y educación impidieron que su malestar se le visualizara en el rostro; simplemente, se limitó a mirar con gesto serio a su anfitrión.

- En mi pueblo la gente se muere de hambre.

Los movimientos propios en un almuerzo cesaron de inmediato. Goya bajó la mirada comprendiendo el agravio sufrido por el maestro. Quiso disculparse pero Jovellanos se le adelantó.

- Pues he de decir que, por desgracia, esa es una característica común en nuestros pueblos. Mucho ha intentado su majestad enmendar esta situación; ha creado escuelas públicas, mejorado la higiene de las ciudades...

- El hambre de mi pueblo no se quita con escuelas, don Gaspar- se atrevió a apuntar Juan Barreto.

- ¿Con qué entonces?- preguntó Goya con curiosidad.

- Con tierras.

- Con tierras- repitió el pintor incrédulo-, como si fuera tan fácil.

Juan Barreto observó que el ilustrado adoptaba una actitud de sumo respeto hacia él.

- No vais desencaminado, Juan Barreto, no vais desencaminado, pero nuestro querido amigo pintor tampoco. No es fácil. Carlos III ha estado ocupado en la resolución de este mal endémico que sufre nuestro

país. No solo con el informe de Olavide sino con algunas tierras de la Corona que han sido entregadas a familias campesinas e incluso se han fundado pueblos, pero mucho me temo que esas nuevas fincas no sean muy fértiles.

En aquel instante en el que todos atendían al ministro, Cardoso aprovechó para soltarle una cachetada al niño, quien aparte de quedar atónito, alzó la presa de sus ojos para que esta se desbordara de lágrimas estridentes. Cardoso levantó las palmas de las manos exculpándose por completo. Doña Josefa cogió de la mano al niño y se lo llevó reprochándole su escándalo, momento en el que el militar respiró profundamente aliviado. En realidad, todos aprobaron con una minúscula mueca de agrado el abandono del infante.

- Como os decía, mi buen maestro- continuó el ministro-, la clave para paliar el hambre en nuestro país es, sin duda, el reparto de tierras, pero para tan loable menester es necesario despojárselas a la nobleza.

- Y a la iglesia- apuntó Goya-, no lo olvidéis.

- No lo olvido- y aprobó su contribución con una sonrisa propia de los viejos amigos.

- ¿Cómo?- intervino Rocío con el miedo que genera la confusión- ¿Que le van a quitar las tierras a mi padre? Si es lo único que tiene.

Jovellanos sonrió posando su mano sobre la de la andaluza.

- No, mi bella señorita, si me permitís que os llame de tal modo, desde el respeto y la admiración, claro está. Nadie os va a quitar las tierras. Solo apuntaba el tremendo obstáculo que supondría aplicar un reparto igualitario, o al menos equilibrado, de las tierras en este país. Solo el monarca podría hacer tal cosa, pero no lo hará.

- ¿Por qué?- preguntó Rocío consolada con la revelación.

- Porque eso sería ir en contra de su propia naturaleza- le contestó el pintor.

- Entre otras cosas- quiso puntualizar don Gaspar-, entre otras cosas. Si el rey se decidiera a aprobar el informe que estoy preparando y que él mismo me ha encargado, se expondría a perder el trono.

- Casi lo pierde por un par de sombreros- añadió Goya con una sonrisa de incredulidad.

- En efecto. Aquello fue solo por unos sombreros, aunque tanto vos como yo, sabemos que fue por algo más complicado que todo eso. El

caso es que por unos sombreros y unas capas casi pierde el trono. Imaginaos lo que pasaría si se decidiera a desamortizar las tierras de la nobleza.

- Y de la iglesia- volvió a puntualizar el pintor.

- Sí, no me olvido de la iglesia. No obstante, y teniendo en cuenta lo mucho que medita nuestro rey cada vez que debe tomar una resolución, mi informe bien podrá tardar años en que sea considerado.

Juan Barreto escuchaba la conversación preso de la desesperanza. Aquellas eran las mismas cadenas que pesaban sobre los campesinos españoles en el siglo XX; aquellas eran las causas que habían generado el odio secular de los jornaleros hacia los nobles y los eclesiásticos. Cerca de doscientos años atrás, la historia era exactamente la misma.

- Juan Barreto, os veo absorto- le llamó el ilustrado-. ¿Acaso tenéis la solución del hambre en España y no la queréis compartir con nosotros?

El maestro, como era habitual en él, se expresó con timidez.

- Comparto vuestra opinión, don Gaspar. Quién sabe las desgracias que caerán sobre nuestro país si esta situación se prolonga demasiado.

- Pamplinas- protestó el capitán Cardosa cansado de la conversación.

- Es cierto- exclamó animado don Gaspar-, contamos con la representación del estamento militar. ¿Qué pensáis vos de todo esto?

- No me pagan por pensar, sino por proteger a mi señor, y a su familia- añadió haciendo una pequeña inclinación a Rocío.

- Pero alguna opinión tendréis- insistió Jovellanos.

- Ninguna- sentenció con sequedad.

- ¿Sabéis lo único bueno que tiene este país?- intervino Goya con la intención de cambiar de tema, vista la tosquedad del militar-. Los toros- se contestó alegre.

- Los toros y los pintores- añadió el ilustrado.

- Brindo por eso- celebró el artista levantando su copa.